

Nunca me imaginé tener que educar y mantener yo sola a mis hijos, cuando era chica pensaba que todo era fácil y ahora me doy cuenta que no es así. Con el tiempo he aprendido que si caigo, debo levantarme y seguir adelante, porque la vida continúa...

Marcela, Jefa de familia (separada, 33 años)

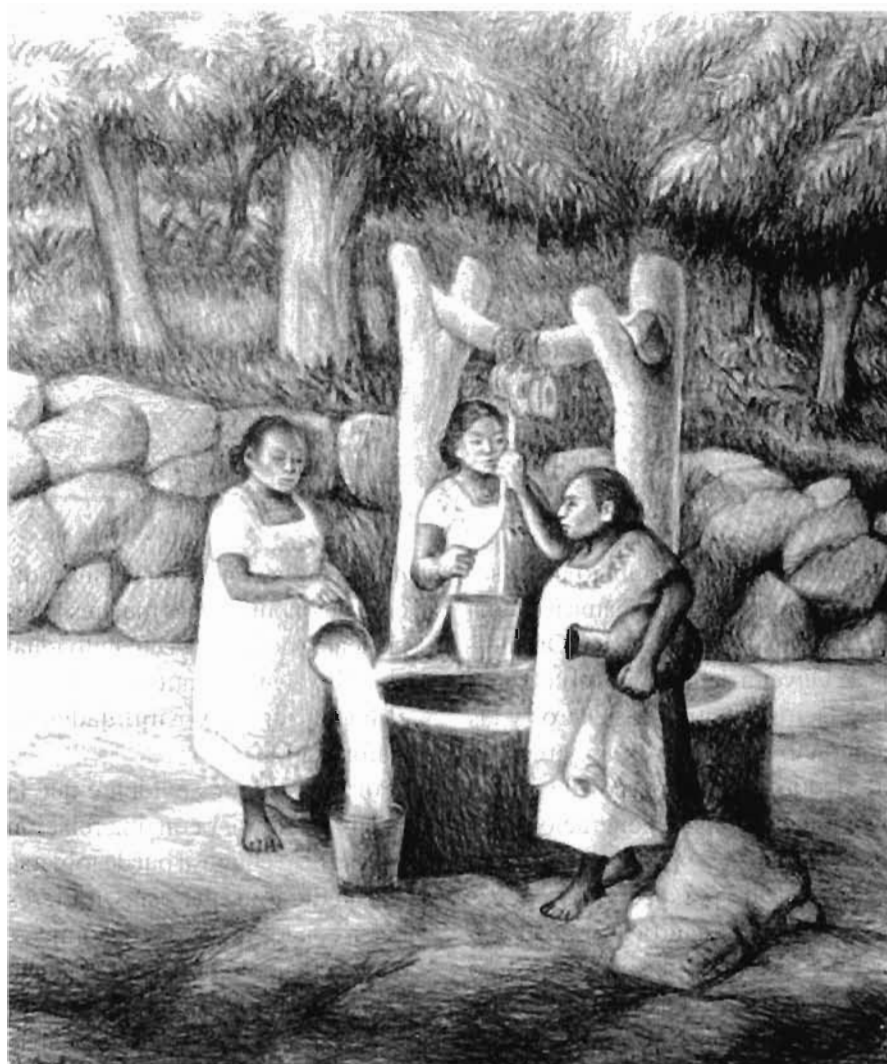
Aún cuando en los últimos años se ha visibilizado estadísticamente a los hogares con jefatura femenina, ya que en nuestro país las fuentes de información estadística parten del reconocimiento de “un jefe por hogar” para definir el parentesco de los miembros, enumerar y ordenar a todas las personas que pertenecen a dicho núcleo, se estima un importante subregistro en el número de hogares dirigidos por mujeres, pues las jefas tienden a reconocerse como tales sólo cuando no hay hombres adultos en el hogar. Como señala Brígida García,¹ muchas mujeres que son las principales responsables económicas de sus familias, aún cuando sus maridos se encuentran desempleados o perciben una remuneración muy baja, siguen reconociendo al hombre como jefe dado el arraigo de las normas culturales sobre la supremacía masculina.

Lo que encubre el concepto de jefatura de hogar, de acuerdo con Graciela Di Marco,² son por lo menos dos situaciones: un orden jerárquico entre la pareja parental, y la delimitación de la jefatura a la provisión de los recursos del hogar.

Esta clasificación resulta paradójica si tomamos en cuenta que contraviene la idea de que la pareja sitúa en igualdad de derechos y responsabilidades en la toma de decisiones y los destinos de una familia tanto al hombre como a la mujer. Por otro lado,

Rutas de acceso a la jefatura femenina de hogar

Celia Cervantes





evidencia la manera en que tradicionalmente se asigna la jefatura al cónyuge masculino, sea o no proveedor económico del hogar, invisibilizando, al restarle importancia, el soporte afectivo-emocional, la administración de los recursos y la realización de las tareas reproductivas que la mujer desempeña en cumplimiento de su rol como madre-esposa y ama de casa, aún cuando también se encuentre inserta en el mercado laboral, razón esta última que no la exime ni de cumplir

aquéllas de mayor edad, baja escolaridad, que no trabajan y pertenecen a los sectores más pobres, son más propensas a ocupar una posición de subordinación frente a sus cónyuges, ya sea a través de la sumisión, la imposición y el cuestionamiento, que son tres formas en que se ejerce la dominación masculina.⁴

En este contexto, Marina Ariza⁵ resalta que la familia, como dimensión del espacio interior socialmente construido es crucial para entender los

su núcleo familiar, lo cual a su vez es potenciado por dos importantes variables: el nivel educativo y el acceso al trabajo extra-doméstico remunerado.

Por el contrario, la baja escolaridad y el no estar insertas en la población económicamente activa les provoca miedo e incertidumbre, por lo que bastantes mujeres no intentan trascender una situación que resulta agravante, a veces violenta, desoladora y sin perspectivas de cambio a pesar del tiempo y de la actitud subordinada y dependiente que asumen frente al compañero o cónyuge.

Al respecto, García y Oliveira⁶ encontraron que en las clases medias, las mujeres con más altos niveles de escolaridad, que desempeñan actividades asalariadas y asumen un compromiso personal con su trabajo extra-doméstico son las más propensas a lograr una situación más igualitaria frente a sus cónyuges.

Y es que cada vez más el hecho de desempeñar un empleo económicamente remunerado permite a las mujeres trabajadoras no ser soportadoras pasivas de las relaciones de género y clase, tal y como señala Roldán.⁷

Graciela Di Marco afirma que la jefatura femenina es el resultado de un largo proceso en el ciclo vital de las mujeres, en especial de las separadas o de las que no han formado una pareja de convivencia con el padre biológico de sus hijos e hijas, en tanto que Susana Torrado⁸ sostiene que la jefatura femenina también es una “estrategia familiar de vida”, determinada por la posición de género y clase.

Ejemplos de estas estrategias lo son, según esta autora, la formación y disolución de uniones, la constitución de descendencia, la preservación de la vida, la obtención y asignación de los recursos de subsistencia y las migraciones laborales.



la doble jornada de trabajo ni de seguir subordinada en la dinámica interna de la vida familiar, a la cual Orlandina de Oliveira define como el conjunto de relaciones entre los géneros y las generaciones que se crean y recrean alrededor de los procesos de reproducción cotidiana y generacional de los individuos.³

Desde una perspectiva de género, de Oliveira manifiesta que las relaciones de pareja se conciben como relaciones de poder asimétricas, en las cuales las mujeres-esposas, sobre todo

cambios en la condición de subordinación-autonomía de las mujeres, pues la presencia de un proyecto individual o las ambivalencias entre el “deber ser y el hacer” crean posibilidades de transformación.

Por otro lado, es evidente que la decisión de romper con una relación de pareja desventajosa puede tomarse en la medida en que estas mujeres cuenten con los recursos económicos, sociales y psicológicos para hacerse cargo tanto de la manutención del hogar como del soporte emocional de



De ahí que Orlandina de Oliveira sugiera la pertinencia de incorporar en el análisis de las relaciones de género el *tipo de vínculo* que establece la pareja, esto es, si es legal o consensual, ya que la primera otorga mayor respetabilidad a la pareja, mientras que la segunda suele ser socialmente menos valorada.

En Colima el porcentaje de la población masculina de 12 años y más que es soltera representa el 40.3%, mientras que la unida el 55.0% y la desunida el 4.7%. En cambio, en la población femenina esta proporción es del 34.1%, 53.5% y 12.4% respectivamente. Por ello, Colima se ubica en el 6° lugar nacional en varones separados, divorciados o viudos,⁹ y en el 9° lugar nacional, junto con Hidalgo y Sonora, de mujeres desunidas, ya sea por separación, divorcio o viudez.¹⁰

Sin embargo, en las personas cuya unión ha sido disuelta, hay una marcada diferencia por sexo: la proporción de mujeres es tres veces más alta que la de varones. Esta situación se explica en parte por el peso de la viudez, que refleja la mayor sobrevivencia de las mujeres, y por el hecho de que los hombres contraen segundas o posteriores nupcias con más frecuencia que las mujeres.

De acuerdo con cifras oficiales,¹¹ en México las mujeres se casan o unen por primera vez en promedio a los 19.4 años, mientras que los hombres lo hacen cuatro años después (23.2 años). Para el caso del estado de Colima, los hombres se unen en promedio a los 23.8 años, mientras que las mujeres a los 19.5 años.

Por otro lado, a nivel nacional la edad media a la disolución de la primera unión es de poco más de 36 años. Esto significa que ésta ocurre en promedio 15 años después de la unión de pareja. En Colima, la edad media a la disolución de la primera

unión es de 35 años, ya que ésta se produce en promedio 14 años después.

En lo que respecta a la tasa de jefatura¹² por sexo, a nivel nacional el 53.3% de los hombres son jefes, mientras que sólo 13 de cada cien mujeres son jefas. Tlaxcala tiene la menor tasa de jefatura masculina, con 51 jefes por cada cien hombres, y Quintana Roo la máxima con 57, seguida por Baja California Sur, Colima, Coahuila y Tamaulipas con 56. Por otro lado, Colima, el Distrito Federal

cual, se inician a determinadas edades, y como la jefatura de hogar articula varios de estos acontecimientos, se encuentra ligada íntimamente con la edad de las personas.

En este marco, las tasas de jefatura femenina son considerablemente más pequeñas en comparación con las masculinas, pero muestran incrementos conforme aumenta la edad y cambios radicales en su estado conyugal, alcanzando su valor más alto en el grupo de 60 años y más, donde



y Guerrero son las entidades que presentan tasas más altas de jefatura femenina.

Esta situación refleja los patrones imperantes en la distribución de la autoridad de la sociedad mexicana, donde los hombres se hacen cargo de la jefatura y las mujeres la asumen generalmente cuando los varones adultos se ausentan del hogar.

Así también, los papeles socialmente asignados se vinculan con la edad de las personas: trabajar, casarse, formar una familia, entre otras decisiones significativas en la vida de cada

a nivel nacional hay 38 jefas por cada cien ancianas. Lo anterior indica que en general los hombres asumen la jefatura al unirse en pareja, mientras que las mujeres la alcanzan por la ausencia del cónyuge, debido a la separación, el divorcio o la viudez.

Ahora bien, en 1995,¹³ los jefes y las jefas de hogar en la República Mexicana sumaban 18.3 millones. De ellos, 84 de cada cien eran hombres y 16 mujeres. El mayor porcentaje de jefas por entidad federativa correspondía al estado de Morelos, donde el



19.6% de la jefatura de hogar recaía en una mujer; le seguía Baja California Norte donde 19 de cada cien cabezas de familia eran mujeres. Colima ocupaba el tercer lugar, antes de Sinaloa, Puebla y el Distrito Federal, quienes compartían el cuarto lugar nacional.¹⁴

El estado de Colima, en el año 2000 registra una población total de 508 664 habitantes y 128 295 hogares, de los cuales 100 179 tienen jefatura masculina y 28 116 jefatura femenina,¹⁵ por lo que el porcentaje de 18 jefas de hogar por cada cien que arrojó el *Conteo de Población y Vivienda 1995*, aumentó 4 puntos porcentuales, toda vez que al iniciar este siglo XXI, 22 de cada cien hogares tienen como cabeza de familia a una mujer.

Colima está arriba de la media nacional, que es del 21% y ocupa el 6º lugar nacional. Asimismo, esta entidad ocupa el 4º lugar nacional en divorcios, pues por cada cien matrimonios, 11.6 devienen en disolución del vínculo conyugal,¹⁶ lo que la ubica muy por arriba de la media nacional, que es de 6.6%.

Resalta que en el Estado de Colima, los jefes varones que han disuelto su matrimonio en una o más ocasiones, o bien que enviudaron y volvieron a formar pareja representan el 11.6%, frente al 7.4% de jefas que se han unido en dos o más ocasiones.

Para el caso de los varones, la entidad se ubica en el 6º lugar nacional, donde 12 de cada 100 jefes de familia han contraído por segunda o más ocasiones, nuevas nupcias, mientras que en el caso de las mujeres, Colima ocupa a nivel nacional el 9º lugar.

Esto indica que existe mayor “movilidad amorosa” o de “formación de nuevas parejas” por parte de los varones,¹⁷ y que posiblemente el incremento de las jefaturas de hogar encuentre su origen en esa diferencia

porcentual de uniones, equivalente a 4.2, precisamente el aumento que en los últimos cinco años han registrado los hogares con jefatura femenina en Colima, donde en la gran mayoría de los casos de disolución del vínculo conyugal, los hijos e hijas quedan bajo la responsabilidad de las mujeres.

Además, y como ya dijimos antes, es posible la existencia de un importante subregistro en la tasa de la jefatura femenina, ya que se da el caso de las hijas separadas, divorciadas y viudas que regresan o permanecen en el hogar paterno ante la ruptura conyugal o la viudez.

Prueba de ello es que en el estado de Colima, de un total de 4 056 personas separadas, divorciadas y viudas, el 68.3% (2 270), son mujeres que cohabitan con su familia de origen.¹⁸

Por otro lado, en Colima, 7 de cada 10 otros parientes del jefe son mujeres viudas, separadas o divorciadas (2 458),¹⁹ dando origen a la conformación de hogares extensos, en cuyo seno cabe la posibilidad de que tanto en la toma de decisiones como en el uso de los recursos y particularmente, en la captura de información para la integración de estadísticas oficiales como las del INEGI, se invisibilice a estas mujeres, a las cuales los familiares no les reconocen —ni ellas mismas asumen— la jefatura de hogar, sino más bien la transfieren al varón (padre, abuelo, hermano) de ese hogar que las acoge.

Esta situación se explica también porque es aún una constante las relaciones familiares cruzadas centralmente por la autoridad patriarcal, reforzadas por la costumbre y la religión, en el sentido de que en la vida de pareja como en el matrimonio, se hace y dice lo que el varón decide, por lo que la mujer debe, en todos los casos (aún en aquellos donde se registra

violencia doméstica, adulterio, irresponsabilidad económica, alcoholismo, entre otros que menoscaban el bienestar familiar), resignarse porque tienen introyectada la idea de que “el matrimonio es para siempre” y que “por el bien de los hijos hay que resignarse”.

La distribución de los hogares con jefatura femenina es alta en toda la geografía estatal, fluctuando este porcentaje entre un rango máximo del 26% correspondiente al municipio de Colima y una proporción mínima del 16% para el caso de Minatitlán. Esto significa que aún en las poblaciones rurales alrededor de una quinta parte de los hogares colimenses tienen a una mujer como su único sostén.

Por otro lado, en municipios como Armería, Cuauhtémoc, Comala, Coquimatlán, Minatitlán e Ixtlahuacán se observa el predominio de características rurales tanto en los indicadores sociodemográficos como productivos, en cuyo contexto gran parte de estas mujeres, aún cuando laboran fuera del ámbito doméstico, no perciben una remuneración por su trabajo.

Esta precaria situación socioeconómica —difícil de sobrellevar, ya que de ellas dependen sus hijos e hijas, en su mayoría en edad escolar—, las ha orillado a realizar, con escasos recursos, frágiles redes de apoyo y en jornadas que rebasan las ocho horas, actividades predominantemente agrícolas y de sobrevivencia, como son la cría de aves de corral, la siembra de hortalizas en su solar, la organización de tandas o contratas, al tiempo que incursionan en el comercio informal, como vendedoras de diversos productos de belleza y enseres domésticos por los que obtienen ingresos por debajo del salario mínimo, que actualmente es de cuarenta pesos.

En Colima, también se presenta la tendencia de que los hogares con je-

fatura femenina se incrementan conforme es mayor la edad de la jefa, hasta alcanzar el valor más alto en el grupo de 60 y más años (8 550 hogares donde viven 23 845 personas), mientras que el valor mínimo lo encontramos entre las jefas cuyas edades fluctúan entre menos de 12 y 19 años (409 hogares y 979 habitantes, preponderantemente menores de edad).

Este último es el grupo más vulnerable, ya que la corta edad y baja escolaridad con una incipiente o nula experiencia laboral, enfrenta potencialmente a estas niñas-madres a ejercer su maternidad con precarios recursos de todo tipo.

Y si a esta situación le sumamos que ante el embarazo adolescente es frecuente que los varones no se responsabilicen del ser humano en gestación, tenemos que estas mujeres comprometen profundamente su trayectoria de vida y la del futuro ser.

El creciente incremento de los hogares con jefatura femenina nos lleva a reflexionar en las transformaciones, imperceptibles en la cotidianidad, que en la familia, como unidad básica de la sociedad, se están generando y que paulatinamente dejan sin vigencia supuestos acerca de la misma, tales como la idealizada familia nuclear, conformada por el padre, la madre y los hijos e hijas; para reconocer a otros tipos de hogares también en escena: los extensos, ampliados y compuestos.

El mito de que en el seno familiar sólo se producen e intercambian sentimientos amorosos para atrevernos a hablar de ese otro rostro en cuyo contorno crecen miles de seres humanos: el de la violencia física, psicológica, simbólica y sexual; esa faz que a menudo desvela llanto, desesperanza, dolor, abandono, incompreensión entre adultos y de éstos hacia los niños y niñas.²⁰



Porque si bien la familia es un espacio privado donde mayor seguridad puede sentir cualquier ser humano, también puede llegar a ser el entorno donde más desprotegido se encuentre una persona en circunstancias de abuso, fuera de la acción del Estado, ajeno a la voluntad vecinal, oculto a la solidaridad de la amiga, del maestro, de la doctora, de la tendera, del chofer del microbús en que diariamen-

te se viaja para ir a la escuela, al trabajo, a la unidad deportiva, con la consigna no dicha pero sí observada de parecer feliz, como si nada pasara, como si las vivencias cotidianas fueran, en efecto, un arcoiris de amplio y suave marco multicolor.

Frecuentemente, las diferentes rutas de acceso de las mujeres a la jefatura de hogar no responden al ejercicio de un liderazgo motivado en el



logro, que lejos de competir refuerce las potencialidades de los demás miembros de la familia, particularmente de la pareja. Muy a su pesar, muchas mujeres asumen la jefatura de hogar con la lógica de quien prefiere “de los males el menor” y se acogen en consecuencia al conocido refrán popular que propone vivir “mejor sola que mal acompañada”, como una alternativa de transformar las circunstancias dolorosas y críticas experimentadas por ellas y sus descendientes al lado de un hombre con el que intentaron y no lograron “hacer vida”.

Así, gran parte de quienes arriban a la jefatura de hogar llegan fragmentadas, dolidas, exigidas de sacar adelante a sus dependientes y llevando encima como estigma²¹ social su determinación y “fracaso”, por la osadía de haberse atrevido a imaginar, a creer, e ir en búsqueda de “otra forma de ser humana”, como decía Rosario Castellanos.

Sin embargo, las posibilidades de llegar a ser “otra”, se acortan, en la mayoría de los casos, por un “techo de cristal” configurado desde la educación informal que recibieron estas mujeres en su núcleo familiar, la cual fue reforzada por las instituciones (religión, escuela, estado, etcétera), conforme fueron ampliando sus interacciones con el medio.

Por ejemplo, un estudio de campo con mujeres jefas de hogar que participaron en el proyecto de investigación: *Hogares con Jefatura Femenina en Colima. Vida Laboral y Familiar* emprendido por el Centro Universitario de Estudios de Género de la Universidad de Colima, con el apoyo del Fideicomiso Ramón Álvarez-Buylla y el PIEM de El Colegio de México, evidenció que la división sexual del trabajo en sus hogares de origen fue, en todos los casos, la tradicional. Es decir, que los papeles

asignados a los varones eran enseñados por éstos a los niños-hombres, ya que desde pequeños debían acompañar a los adultos durante la jornada, mientras que las tareas domésticas y de crianza se asignaban a las mujeres-niñas, bajo la batuta de la madre:

[...] yo lavaba los trastes y barría, y la otra lavaba, otra planchaba y ellos (los hombres) trabajaban con mi papá.

Elvira (39 años, divorciada)

Ellos repartían las tareas por lógica del sexo ¿verdad? Por ejemplo, mi mamá las labores del hogar [...] y las cuestiones de arreglar cosas y pintar, todo eso, lo hacía mi papá.

Carmen (31 años, divorciada)

[Mi papá] era de los que decía “tú te encargas de las mujeres”, no como ahora que se supone que los dos hay que corregirlos, tanto la mamá como el papá, y mi papá con nosotras casi no se metía para nada lo que fuera de los permisos, todo con mi mamá. Mi papá era nada más con los hombres, a ellos sí se las sentenciaba.

Sonia (42 años, viuda y madre soltera)

Aún cuando la filiación brindaba cohesión afectiva y reforzaba los lazos de pertenencia e identidad al interior del núcleo familiar, básicamente debido a la carga laboral en la que invertían la mayor parte del día para mantener a una prole numerosa en un contexto de escasez de bienes, los progenitores de las mujeres objeto de estudio mantuvieron una endeble relación de comunicación, con predominio de una línea vertical en la toma de decisiones, jerárquica en sentido descendente del padre hacia la madre y de ambos sobre las hijas e hijos. A ninguna de ellas, por ejemplo, se les habló de la menstruación, ni de aspectos relacionados con la salud reproductiva y sexual.

A mí me pegaban mucho [...] antes mi mamá era muy rebelde, muy agresiva, si sabía que teníamos novio nos pegaba [...] le decíamos que teníamos la regla y nos decía ella ‘pus pónganse’, o sea, no nos decía con palabras, con consejos, o algo: ‘mira hija esto te tenía que pasar’. ¡No! Nos decía “vete y ponte un trapo por allá, arréglate y ya”.

Bertha (50 años, madre soltera)

Nomás sabía que iba a sangrar pero no sabía cómo y ni qué tanto. Ya cuando me pasó pues te digo, yo me asusté y le dije a mi mamá “yo no sé qué tengo, estoy sangrando mucho”. Y lo único que me dijo “ah, es que vas a dejar de ser una niña y cuídate” fue todo lo que me dijo mi mamá, pero no me dijo qué tenía que hacer ni nada, nada.

Carolina (38 años, separada)

Un día en la mañana yo me vi bien manchada, yo me fui al río y tiré mi pantaleta, y así hasta que ya no tenía ninguna fui con Pachita, la mamá de Chimina, le dije “Pachita me prestas unas pantaletas porque ya las tiré todas en el río” y ya me dijo luego que porqué y le tuve que decir, entonces me dijo “por qué no le dices a tu mamá” no y ya pues ella le dijo y ya después mi mamá platicamos, me explicó. Ella no se daba abasto pues eran puros hombres y yo de mujer, no sé, a lo mejor le daba vergüenza, ya ves eran diferentes las mamás.

Concepción (69 años, viuda)

La mayoría de estas jefas de hogar vivieron su adolescencia en conflicto con sus progenitores e incluso con los hermanos mayores, debido a las restricciones para salir a conversar con las amigas, sus pretendientes o novios; mientras, al interior de su casa, los quehaceres domésticos eran su ocupación casi exclusiva, pues precisamente en este periodo fue cuando

dejaron la educación formal. En consecuencia, las expectativas de vida no eran gratificantes, al contrario, algunas expresan que salieron de su hogar buscando concluir con una relación familiar tensa, desgastada, violenta, sin horizontes favorables desde su mirada juvenil.

[Mi papá] no me dejaba salir o si me veía platicando con alguien así me iba, y a mis hermanos no... Con un chicote me pegaban en los pies para que no me anduviera saliendo.

Marcela (33 años, madre soltera y separada)

Bastante desapegada, mis papás no los culpo pero admito que por motivo de su propia crianza no se daban mucho las expresiones afectuosas, a te quiero, te amo, te abrazo [...] así nos criaron, sin apapachos.

(¿Hubo alguna persona que le habló de sexualidad cuando usted era adolescente?) No, yo creo que por eso salí panzona.

Marisela (28 años, divorciada y madre soltera)

Tenía 17 años [...] fue bien duro, porque a veces uno a esa edad no piensa las consecuencias que pueden tener [...] uno piensa que a uno no le va a suceder y más cuando conoces a personas mucho mayores que tú, que están más vividos y saben cómo enredarlo a uno como adolescente, y saben hacerlo a uno como ellos quieren, o sea, quizás ese fue mi error, eso es lo que yo pienso.

Susana (26 años, madre soltera y separada)

Parte de estas mujeres jefas de hogar experimentaron el ejercicio de su sexualidad sin sentir placer, debido a una moral heredada que cancelaba de antemano una relación sexual que no estuviera destinada a la reproducción; por falta de información acerca de su propio cuerpo —por



ejemplo, la prácticamente nula exploración de sus zonas erógenas y el temor de embarazarse— así como porque, a expensas del marido, éste no se interesaba en que su pareja también disfrutara el acto sexual:

Nunca tuve relaciones prematrimoniales [...] para mí no era algo malo, pero para mi papá y mamá era muy importante, yo decía “yo no puedo defraudar a mi mamá” [...] ella como que ha tratado mucho de que “hija, yo quiero que te cases de blanco, es así como el símbolo del matrimonio puro”. Así que esperamos [...] o sea pones tus

límites y sientes tu cuerpo de repente más de algunas veces, tú estás pensando en que quisieras llegar más allá, que tu cuerpo corporal te está pidiendo ir más allá, pero la cuestión de los valores de la familia que te inculcaron te hace poner límite, no.

Pues yo tuve mi primera relación sexual, pues ocho días después de que me casé. [...] No fue tan fácil dejar todos los tabúes que tú tienes en relación a lo que te va a pasar, como por ejemplo, a mí desde que te duele hasta que si no sangras, era todo eso así como la preocupación que no me de-



jaba [...] y eso se lo debes a tu educación porque como bien te ayuda también a veces te puede perjudicar y te puede hacer sentir culpable o miedo ante algo que es totalmente sano y que además lo deseas y además que es con la persona con la que tú decides vivir tu vida.

Azucena (33 años, casada)

Por el trato que me daba, me hacía sentir que yo valía poca cosa y cuando teníamos relaciones él no me pedía opinión ni nada y pues me hacía sentir como una cosa que nomás se utiliza y la tiran.

Marcela (33 años, madre soltera y separada)

Lo único que pasaba era que él no me decía que si quería tener relaciones sexuales, sino que nomás llegaba y ya. Me sentía utilizada y me daba mucho coraje, porque no era cariñoso conmigo después de tener relaciones [...] muy pocas veces llegué a tener un orgasmo y es algo muy bonito pero muy pocas veces lo sentí con él.

Irma (38 años, viuda)

[...] Y ya mi primer experiencia fue muy difícil porque yo siento que no debí ser de esa forma; yo no sentía amor por él, nada. Nada más el hecho de tener la relación y ya [...] toda mi vida sentía como yo nada más me ensuciaba, yo todo el tiempo le tenía ansia, asco, siempre lo rechazaba, nunca quería nada con él, no porque quisiera a otro sino porque ni siquiera sabía qué cosa era eso [...] como quiero decir, ahora sí ya sé lo que tiene la relación porque yo hasta los diez años de vivir con él supe qué era un orgasmo. Yo no sabía qué era eso, entonces me di cuenta cuál es el sentido de tener una relación.

[...] Yo sentí una sensación muy bonita, algo que jamás había sentido. Un cosquilleo por todo el cuerpo [...] [pero] me sentí mal cuando él me aventó a su lado, me dice “¿qué tienes, qué tienes?” Le digo “nada, es que me está pasando, siento así como”. [...] Y me

dice: “¡Ah, sí yo así siento todas las veces que lo hago!” O sea, yo sentí mucho más coraje todavía porque decía “¿cómo va a ser posible! ¿Por qué yo nunca lo había sentido?” Entonces me di cuenta de que eso es lo que debe sentir uno al tener una relación; ahora me doy cuenta de que la relación se ha de tener entre dos, no nada más una persona.

Carolina (38 años, separada)

El 87% de las jefas de hogar, no planeó el embarazo ni el número de hijos/as. En lo que respecta al uso de métodos anticonceptivos, el 56% ha empleado alguno, generalmente pastillas, el DIU y la salpingoclasia, en tanto que el 12% de los compañeros sexuales de estas mujeres usa el condón. En cambio, el 32% de estas jefas de hogar nunca han empleado algún método anticonceptivo, aún cuando poseen información al respecto. Afirman haber seguido los llamados “naturales” como el ritmo, el coito interrumpido y el amamantamiento, con los consabidos riesgos que desencadenaron, en algunas, embarazos y nacimiento de hijos/as no planeados. Por otro lado, son realmente pocas las que se realizan los exámenes anuales en atención a su salud reproductiva y sexual.

Nacieron como se fueron dando. [...] Decían que después ya uno no podía tener hijos y porque no se usaban antes, bueno, no era fácil conseguirlos, además, mi esposo no me dejaba que me cuidara.

Irma (38 años, viuda)

Así de que dijera “yo voy a tener”, no. Yo a lo que se venía, pero hasta la última dije: “No ya no, ya son tres”; pero nunca fueron planeadas de decir “voy a tener un hijo de tal año”.

María (36 años, separada)

(Mi hija) me preguntó si ella había sido deseada o planeada. Yo le hablé con la verdad, yo le dije que no, que no fue planeada. Se podría decir que deseada, que decir entre él y yo no, pero cuando supe que estaba embarazada yo la acepté y me quedé así, a sufrir todas las consecuencias que se me vinieron encima, inclusive me fui a Melaque, me fui a Guadalajara, escondiéndome del embarazo por mis padres, porque como ya había fracasado una vez y esta era la segunda vez, entonces, pues yo me tenía que esconder, porque yo tenía miedo que me iba a correr mi papá y a dónde me iba a ir con mi hijo.

Bertha (50 años, madre soltera)

La investigación permitió identificar que el motivo que da origen a la trayectoria de estas mujeres como jefas de hogar tiene relación directa con desajustes de la conducta masculina, toda vez que podemos agrupar en un común denominador a la violencia física y emocional ejercida por el hombre sobre la pareja e hijos/os, el abandono, que se traduce en el ejercicio de una violencia simbólica, pues el silencio y la distancia de por medio deja en estado de indefensión psicológica y material a la familia; así como el asesinato del marido que orilló a tres mujeres —ante la viudez—, a llevar las riendas de un hogar en el que, antes del deceso del cónyuge, desarrollaban sólo el rol de esposa-madre que las mantenía ajenas a la esfera económica-productiva.

Incluso otros casos, referidos por las mujeres mismas como “problemas de pareja, diferencias de expectativas y accidente automovilístico del esposo, cuando se revisan con mayor detenimiento, frecuentemente se derivan de la conducta temeraria que se promueve en los hombres desde que son apenas niños, al enseñarles como deseables valores como la valentía, la fuerza y la aventura, que les lleva en



ocasiones a atentar contra la propia seguridad. Así, la jefatura de hogar se convierte en una opción para ganar el futuro, que es asumida con más incertidumbres y temores que certezas, con más esperanzas que recursos económicos, sociales y morales (recordemos, por ejemplo, que entre ellas hay quienes se autodenominan “fracasadas”).

Para estas jefas de hogar, el principal reto, que constituye un acicate y una angustia a la vez, es proveer una infraestructura material y emocional que configure un espacio digno para el sano desarrollo de sus hijas/os, motivo central de su esfuerzo cotidiano que da sentido y razón de ser a la existencia. Incluso las jefas de hogar que se separaron o divorciaron identifican este proceso como una etapa de duelo, de reconstrucción del propio proyecto de vida personal y familiar que sólo pudieron o podrán trascender, de acuerdo con sus testimonios, gracias a sus hijas e hijos.

Aunque todas las jefas de hogar que entrevistamos sufren depresiones continuas que se traducen en tristeza, melancolía, cambios drásticos en el estado de ánimo, soledad —tienen un círculo de amistades reducido a compañeros de trabajo y la familia extensa, con esporádicas convivencias y paseos—, problemas incipientes de presión arterial y dolores corporales, el 88% coincide al evaluar positivamente su vida actual, en comparación con la época en la que sí tenían a su esposo o compañero. Su preocupación cotidiana fundamental es la economía, seguida de la seguridad en el empleo y el bienestar de sus hijas e hijos, en quienes fomentan el estudio como alternativa para tener un mejor futuro, al grado de que cuando se dan casos de bajo aprovechamiento escolar o incluso deserción, ellas se sienten frustradas.



Paradójicamente, aún cuando afirman vivir menos tensas, sin angustias ni violencia, sin altercados y con un mejor clima en las relaciones con sus descendientes, la mayoría no se visualiza de manera optimista en los próximos años, sino más bien —“vieja”, “sola”, “sin hijos”, “sin pareja”, “acabada”, “muerta”. Los mejores pensamientos que tienen estas jefas de hogar se encuentran vinculados a sus hijos e hijas, para quienes anhelan la conclusión de sus estudios, que se encuentren un buen trabajo y formen una familia sin los problemas que ellas enfrentaron.

Particularmente entre las jefas que rebasan los 45 años, les consuela en un futuro llegar a desempeñar el rol de madre-abuela dedicadas al cuidado de sus nietos.

Sólo el 12% de las mujeres entrevistadas, tiene proyectos a futuro relacionados consigo mismas, a través del estudio (concluir su bachillerato, impartir clases en el nivel secundaria, ir a la universidad); de la realización de mejoras a su vivienda, la adquisición de un auto y la posibilidad de salir de vacaciones. El resto confía sólo en tener salud para seguir trabajando y sacar adelante a su familia.



La religión y su creencia en Dios constituye para gran parte de estas mujeres “la estabilidad emocional”, “la paz y tranquilidad” necesarias para proseguir, “lo más grande que existe”, “lo más sagrado”, “el padre todopoderoso” en quien se refugian, aunque no pertenecen activamente a algún grupo bíblico o de animación y reflexión religiosa, ya que la mayoría, acude esporádicamente a misa (no hay en la muestra ninguna que sea de otra religión que no sea la católica), más bien oran en el interior de su casa, sin leer tampoco la Biblia o textos sobre el tema, aunque las referencias a la divinidad forman parte de su lenguaje cotidiano.

La percepción que tenemos a partir de esta investigación de campo sobre las jefas de hogar, más allá de la caracterización, nos lleva a reflexionar acerca de las fortalezas que tienen estas mujeres, así como en las causas de su fragilidad emocional y socioeconómica como una vía que nos permita identificar el origen de las fracturas y reiteradas crisis que ocasionan erosión al modelo monoparental.

Esta necesaria reflexión la consideramos con una doble alternativa: por un lado, como una posibilidad de regresar hacia las mujeres jefas de hogar una opción más para consolidar sus intentos, afanes y esfuerzos (a través de talleres de autoconciencia para que en ellas se produzca efectivamente un proceso de empoderamiento, toda vez que, aún cuando tienen muchos logros, el principal, sacar adelante material y moralmente a su familia, en su auto-percepción se sienten devaluadas, fragmentadas, derrotadas), y por el otro, para ampliar los horizontes de análisis hacia la diversidad de componentes que afectan, en un mundo cada vez más globalizado, virtual y de asombrosos contrastes en la escala económica y cultural, a esa

gran totalidad de jefaturas —femeninas y masculinas— que luchan por la trascendencia social del capital humano considerado por ellas esencial: sus hijos e hijas, en cuyo marco es deseable que estas mujeres se sientan también incluidas para disfrutar su vida con la dignidad y plenitud a que tiene derecho todo ser humano. ♦

Notas

- ¹ García Guzmán, Brígida, “Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana”, en: Schumukler, Beatriz (Coord.). *Familias y relaciones de género en transformación*. México: Population Council-Edamex, 1998. pp. 72-73.
- ² Di Marco, Graciela. “La ‘jefatura’ de hogar, ¿feminización de la pobreza?”, en: *op. cit.*, pp. 209-250.
- ³ Oliveira. Orlandina de. “Familia y relaciones de género en México”, en: *op. cit.*, p. 24.
- ⁴ *Op. cit.*, p. 25.
- ⁵ Ariza, Marina. Citada por Oliveira. Orlandina de. “Familia y relaciones de género en México”, en: *op. cit.*, p. 32.
- ⁶ *Op. cit.*, p. 38.
- ⁷ Citada por Di Marco, Graciela, *op. cit.*, p. 214.
- ⁸ Susana Torrado citada por Di Marco, Graciela, *op. cit.*, p. 214.
- ⁹ Los mayores porcentajes de hombres separados, divorciados o viudos se registran en el Distrito Federal (5.1%), Chihuahua y Sonora (ambas con 4.9%) y Baja California y Nayarit, las dos con el 4.8% de la población masculina de 12 años y más. Fuente: INEGI (2001). *Mujeres y hombres en México*.
- ¹⁰ Le antecedente: Distrito Federal (15.5%), Veracruz (13.7%), Guerrero (13.5%), Morelos (13.4%), Sinaloa (13.0%), Nayarit (12.7%), Chihuahua (12.6%) y Puebla (12.5%). Fuente: INEGI, *op. cit.*
- ¹¹ INEGI, *op. cit.*
- ¹² La tasa de jefatura es la proporción de personas que son jefes del hogar con respecto al total de la población con 12 años y más.
- ¹³ INEGI. *Conteo de Población y Vivienda, 1995*.
- ¹⁴ INEGI (2001). *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000. Tabulados básicos. Colima*.
- ¹⁵ INEGI, *op. cit.*

¹⁶ INEGI, *op. cit.*

¹⁷ De igual forma, Quilodrán (citado por Orlandina de Oliveira, *op. cit.*, p. 24) observa que la proporción de personas divorciadas y separadas ha aumentado notablemente, más aún entre las mujeres; en el caso de los varones el aumento es menor gracias a su mayor propensión a nuevas uniones.

¹⁸ Datos elaborados con base en: INEGI, *op. cit.*

¹⁹ Datos elaborados con base en INEGI, *op. cit.*

²⁰ De acuerdo con la *Encuesta sobre Violencia en la Familia* realizada en 1995 por la Asociación Mexicana contra la Violencia Hacia las Mujeres, A.C., los miembros de la familia que sufren con mayor frecuencia el maltrato físico y emocional son los niños y las niñas (61%), las madres (21%) y las demás mujeres de la familia (10%), entre quienes se encuentran las cuñadas, las primas y abuelas.

²¹ Según Goffman (1993) el estigma es una “diferencia indeseable” que modifica la identidad social de la persona y dificulta su aceptación por parte de los demás.

Bibliografía

- Acosta, Félix (1993). *Hogares con jefes mujeres y bienestar familiar en México*. Foro: Mujer, trabajo, salud y pobreza, México.
- Buvinic, Mayra (1991). *La vulnerabilidad de los hogares con jefatura femenina: preguntas y opciones de política para América Latina y el Caribe*. Naciones Unidas. Santiago de Chile.
- González de la Rocha, Mercedes (Coordinadora). (1999). *Divergencias del Modelo Tradicional. Hogares de Jefatura Femenina en América Latina*. México: Plaza y Valdez / Ciesas, pp. 198.
- Gutmann, Matheu (1993). “Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México en los noventa”, en: *Estudios sociológicos* Vol. 9, número 33.
- INEGI. *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000. Tabulados básicos Colima*.
- . *Indicadores de hogares y familias por entidad federativa, 2000*.
- . *Conteo de Población y Vivienda, 1995*.
- . *Hombres y mujeres en México, 2001*.
- Schumukler, Beatriz. (1998). *Familias y Relaciones de Género en Transformación*. México: EDAMEX/ Population Council, pp. 562.